

# La vecindad conflictiva de Turquía y Siria

**Ignacio Álvarez-Ossorio**

**D**urante la pasada década, las relaciones sirio-turcas experimentaron un avance considerable. La llegada al poder de Bachar el Assad y de Recep Tayyip Erdogan fue determinante para explicar la intensificación de las relaciones entre ambos países. En 2007 entró en vigor un acuerdo de libre comercio. Tres años más tarde, los intercambios comerciales superaban los 2.500 millones de dólares y se habían puesto en marcha numerosos proyectos de cooperación en los ámbitos energético, tecnológico, científico, turístico y agrícola. Todo parecía indicar que Turquía y Siria habían resuelto definitivamente sus diferencias en torno al trazado de las fronteras, la cuestión kurda y la distribución del agua del Éufrates y apostaban, de manera clara, por una alianza estratégica.

Sin embargo, la llegada de la “primavera árabe” obligó a Turquía a posicionarse ante los profundos cambios que vivía el mundo árabe y, por tanto, a replantear su política de “cero problemas con los vecinos”. Dicha política, puesta en marcha por el ministro de Asuntos Exteriores, Ahmet Davutoglu, se basaba en la necesidad de equilibrar sus relaciones con el entorno regional y diversificar sus alianzas para conseguir una mayor profundidad estratégica. Su máxima prioridad era reforzar las relaciones con los países

**Ignacio Álvarez-Ossorio** es profesor de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad de Alicante. [ialvarez@ua.es](mailto:ialvarez@ua.es)  
[www.proximooriente.blogspot.com](http://www.proximooriente.blogspot.com)

La deriva de la guerra civil en Siria ha puesto fin a una década de construcción de relaciones entre Ankara y Damasco. El mayor riesgo para Turquía es que la crisis siria degenera en una guerra entre las potencias regionales a través de actores interpuestos.

---

de Oriente Próximo, el Cáucaso y el Mediterráneo por medio del fortalecimiento de las actividades políticas, diplomáticas, económicas y culturales.

Si bien es cierto que la victoria electoral de los partidos islamistas en Túnez y Egipto fueron valoradas positivamente por el gobernante Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), también lo es que la deriva de Siria hacia la guerra civil supuso un grave contratiempo para Ankara, no solo porque comprometía los avances experimentados en la última década sino también porque representaba una amenaza para la propia estabilidad de Oriente Próximo. El agravamiento de la crisis, con la transformación de la revuelta pacífica en una confrontación armada, representa un reto crucial para Turquía, que comparte una frontera de 910 kilómetros con Siria.

## El patrocinio de la oposición siria

A mediados de marzo de 2011 tuvieron lugar las primeras manifestaciones prodemocráticas en territorio sirio. Los dirigentes turcos reaccionaron con rapidez aconsejando al presidente El Assad que apostara por el diálogo y democratizase el país emprendiendo las reformas necesarias para asentar un sistema pluripartidista. No obstante, estas demandas cayeron en saco roto. No solo eso: Damasco inició una escalada dialéctica en el curso de la

cual acusó a Ankara de tratar de recuperar la influencia sobre sus antiguos dominios árabes por medio de una política exterior neo-otomana.

Este malestar inicial se acentuó tras la llegada, en junio de 2011, de 3.000 sirios que huían de la asediada localidad de Yisr al Shugur. Ante el temor de que la crisis se agravase, Turquía demandó la apertura de corredores humanitarios para frenar la llegada de refugiados y proporcionar asistencia a los civiles que huían de las masacres perpetradas por las tropas leales al régimen. Esta propuesta fue bien recibida por algunos países occidentales, pero no llegó a ponerse en práctica por el coste militar que implicaba.

La posibilidad de que la crisis siria degenerase en una guerra civil abierta inquietaba a Ankara. En una entrevista con el diario qatari *Al-Sharq*, el 13 de septiembre, el primer ministro Erdogan manifestó abiertamente sus temores: “Para Turquía, Siria no es un país más, sino un vecino con el que compartimos 910 kilómetros de fronteras y con el que tenemos intereses compartidos que no pueden ignorarse... Sabemos muy bien que la estabilidad allí es una parte de nuestra seguridad nacional y tememos que la situación conduzca al estallido de una guerra civil entre alaúíes y suníes”.

Ante la manifiesta incapacidad de El Assad para apaciguar la situación, Turquía respaldó los esfuerzos desplegados por varios grupos de la oposición siria para plantar cara al régimen. El 23 de agosto nació en Estambul el Congreso Nacional Sirio (CNS). Dicho consejo estaba integrado por opositores del interior y el exterior y fue presidido, sucesivamente, por el suní Burhan Ghaliun, el kurdo Abdel Baset Seida y el cristiano George Sabra. Basma Qadmani, su primera portavoz, señaló a la prensa que “el CNS representa a las principales fuerzas: partidos políticos y personalidades independientes símbolos de la oposición”. Los Hermanos Musulmanes sirios, que mantenían unas estrechas relaciones con el AKP turco, gozaron desde un primer momento de una posición predominante en la nueva organización, con más de un 25 por cien de sus representantes. De hecho, algunos de sus destacados dirigentes, entre ellos su número dos Mohamed Tayfur, se establecieron en territorio turco.

Pese a todo ello, el gobierno de Ankara trató de evitar un choque frontal con Damasco apoyando los proyectos de la Liga Árabe para frenar el derramamiento de sangre. Así, respaldó su Plan de Acción de 2 de noviembre que demandaba poner fin a todos los actos de violencia, proteger a la población civil, liberar a los detenidos, retirar a las tropas de las calles, permitir el despliegue de observadores de la Liga Árabe y emprender un diálogo nacional entre el régimen y la oposición. Esta iniciativa se saldó con un



Refugiados sirios en el campo de la Media Luna Roja en Hatay, Turquía (19 de junio de 2011). GETTY

rotundo fracaso, al ser incapaz de frenar los choques armados. Ante el agravamiento de la situación, Turquía ordenó el cierre de su embajada en Siria coincidiendo con el primer aniversario del inicio de la revuelta.

El creciente respaldo turco a la oposición siria ha tenido implicaciones negativas en las relaciones con el entorno regional. Las constantes críticas al régimen sirio, que se intensificaron a medida que aumentaba el número de víctimas, deterioraron las relaciones con Irán e Irak, dos países con los que Turquía mantenía estrechas relaciones políticas y comerciales en consonancia con los postulados de la política de cero problemas con los vecinos.

## La ruptura entre Ankara y Damasco

El 1 de abril de 2012, Estambul acogió la segunda reunión del Grupo de Amigos de Siria, que pretendía movilizar a los países partidarios de la revuelta y sortear la parálisis del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Erdoğan demandó “poner fin al baño de sangre”, reivindicó “el derecho de la población a defenderse” y recordó a la comunidad internacional su “obligación moral de actuar”. La Cumbre de Estambul pidió al CNS que redoblara sus esfuerzos para unificar al conjunto de la oposición

siria, compromiso que dicha plataforma asumió en su Pacto Nacional para una Nueva Siria.

La activa implicación del gobierno turco mostraba a las claras que todos los puentes entre Ankara y Damasco se habían roto. El incidente más grave entre ambos países llegó poco después, cuando un avión de combate turco que se había adentrado en territorio sirio fue derribado por un misil el 22 de junio. A pesar de la gravedad del incidente, Turquía rehusó recurrir a la fuerza. Tras una reunión de urgencia, el secretario general de la OTAN,

## Entre las mayores preocupaciones del gobierno de Ankara está el posible surgimiento de una entidad nacional kurda en Siria

Anders Fogh Rasmussen, advirtió: “consideramos este acto como inaceptable y lo condenamos en los términos más enérgicos”.

Desde entonces, los intercambios de fuego no han dejado de repetirse en la zona fronteriza. El 3 de octubre un disparo de mortero provocó la muerte de cinco civiles turcos en la aldea

fronteriza de Akçakale. La oficina del primer ministro emitió un enérgico comunicado en el que advertía que “Turquía nunca dejará sin respuesta las provocaciones del régimen sirio hacia la seguridad nacional turca”. La OTAN, por su parte, exigió “el cese inmediato de esos actos de agresión contra un aliado e instó al régimen sirio a poner fin a sus flagrantes violaciones del Derecho Internacional”. Un día después, el Parlamento turco aprobó una resolución que autorizaba el envío de tropas a otros países si la situación lo requería. En plena escalada, el 10 de octubre, Turquía interceptó un avión sirio proveniente de Moscú con radares y otro material militar. A principios de noviembre, el gobierno turco pidió a la Alianza Atlántica el despliegue de misiles *Patriot* para evitar nuevas agresiones contra su territorio.

En los últimos 22 meses, el flujo de refugiados sirios no ha dejado de crecer. Estos refugiados, a los que Turquía considera “invitados”, ya superan las 115.000 personas y son atendidos por la Media Luna Turca y la Agencia Estatal AFAD. La mayor parte de ellos se encuentra en los campamentos de Hatay, Gaziantep, Kilis y Urfa. Las crecientes tensiones entre los refugiados y las poblaciones locales, especialmente en el caso de Hatay, han llevado al gobierno turco a evaluar el establecimiento de una zona colchón en el inte-

rior de Siria que no pueda ser sobrevolada por la aviación siria. De hecho, el gobierno turco ha advertido en varias ocasiones que su capacidad de absorción habría tocado fondo, poniendo trabas a la entrada de nuevos refugiados.

## El factor kurdo

Una de las prioridades del gobierno turco es impedir el surgimiento de una entidad nacional kurda en Siria. Desde el estallido de la revuelta, las formaciones kurdas sirias han ido elevando el listón de sus demandas hasta plantear la creación de un Estado federal en la Siria post-Assad.

El 26 de octubre de 2011 los partidos kurdos sirios establecieron un Consejo Nacional Kurdo (CNK) que aunaba a 15 formaciones entre las que no se encontraba el influyente Partido de la Unión Democrática (PYD), próximo al Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK). El CNK sigue participando en el CNS a través del Bloque Kurdo, que cuenta con un siete por cien de sus miembros. A este porcentaje deben sumarse otros kurdos que participen como independientes (como el expresidente Abdel Baset Seida) o representen a otros grupos (Hozam Ibrahim de los Comités de Coordinación Locales o Murshid al-Haznawi de los Hermanos Musulmanes).

Mientras que el CNS se ha mostrado favorable a otorgar a la minoría kurda derechos nacionales, no parece excesivamente inclinado a discutir su autodeterminación o a convertir a Siria en un Estado federal. Hassan Saleh, miembro del Partido Yekiti y del CNS, resumía las reivindicaciones kurdas en un artículo publicado por el portal Fikra Forum el 20 de abril de 2012: “Un Estado federal es la mejor vía para alcanzar una coexistencia pacífica interna, ya que permite a todos los pueblos y minorías disfrutar de sus derechos y preservar su identidad y su existencia. El federalismo es una manera de garantizar la unidad estatal”.

Ante las crecientes presiones del CNK, el CNS se vio obligado a aprobar, el 3 de abril de 2012, una Carta Nacional sobre la Cuestión Kurda en la que manifestaba: 1) el reconocimiento constitucional de la identidad nacional del pueblo kurdo y de sus derechos nacionales en el marco de la unidad territorial siria; 2) la abolición de todas las políticas, decretos y medidas discriminatorias adoptados contra los kurdos y a compensarlos por ellos; 3) Siria será un Estado civil, democrático y plural basado en el principio de igualdad ante la ley de todos sus ciudadanos y en “un gobierno local ampliado y empoderado”; 4) no habrá discriminación en función de la etnia, origen, religión y género de la población y se respetarán las leyes internacio-

nales y los derechos humanos; y 5) el compromiso de combatir la pobreza, especialmente en aquellas zonas que han padecido políticas discriminatorias, y de mejorar las condiciones de vida mediante una repartición más equitativa de la riqueza nacional.

A pesar de estos buenos propósitos, la división entre las fuerzas opositoras árabes y kurdas es cada día más patente. De hecho, los partidos kurdos han aprovechado la actual coyuntura para crear una autonomía de facto en el Kurdistán sirio, en una situación que cada vez recuerda más a la vivida en el Irak de Sadam Husein en la década de los noventa. El 26 de julio de 2012, el PYD (próximo al PKK turco) y el CNK (cercano al iraquí Partido Democrático del Kurdistán de Masud Barzani) establecieron la Alianza de Erbil, por la que se creaba un Consejo Supremo Kurdo y unas milicias de defensa que se desplegaron sobre el terreno tras la retirada de las tropas leales a Damasco. Dicho movimiento generó una profunda preocupación en Turquía, pero también en el CNS y el ELS, que veían como el Kurdistán sirio seguía su propio camino y se distanciaba de la revuelta. Gracias a este acuerdo, ambos partidos se repartían el control de los consejos locales equitativamente. Debe tenerse en cuenta que el PYD es hostil al CNS por el patrocinio turco y con este movimiento intentaría tanto alejar al CNK del CNS como fijar una agenda nacional eminentemente kurda.

Para tratar de dividir a la oposición, el régimen sirio ha retirado a la mayor parte de sus fuerzas de la zona del Kurdistán y tolerado la instauración de una autonomía de facto gestionada por las formaciones kurdas. Al mismo tiempo, podría haber reanudado su apoyo al PKK, lo que implicaría una violación del Acuerdo de Adana de 1998, por el que se comprometía a combatir el terrorismo, cerrar los campos de entrenamiento, interrumpir el aprovisionamiento de armas y detener a sus activistas.

## El gran juego sirio

Desde el inicio de la crisis siria, una de las máximas prioridades del gobierno turco ha sido sentar las bases para una transición hacia la democracia en el país vecino. Como otros miembros destacados del Grupo de Amigos de Siria, Turquía ha demandado con insistencia la unificación de las filas opositoras. El ministro Davutoğlu desempeñó un importante papel en la Cumbre de Doha, celebrada entre el 8 y el 11 de noviembre de 2012, en la que se estableció la Coalición Nacional de las Fuerzas de la Revolución y la Oposición Siria, presidida por Ahmed Muaz al-Jatib, antiguo imán de la

mezquita de los Omeyas de Damasco. Esta nueva plataforma fue inmediatamente reconocida como representante legítima del pueblo sirio por el Consejo de Cooperación del Golfo, la Liga Árabe, Francia y Turquía.

A pesar de este avance, la renuencia de la comunidad internacional a implicarse directamente en la crisis siria ha agravado la situación sobre el terreno. Los enfrentamientos se han extendido prácticamente por todo el territorio y amenazan con desbordar las fronteras sirias e implicar, de una u otra manera, a los países del entorno. Ante esta peligrosa deriva, Davutoglu advirtió, el 4 de enero de 2012, de la necesidad de evitar “una guerra fría sectaria”, en un mensaje que no solo iba dirigido a Irán, sino también a Arabia Saudí. El ministro turco manifestó: “No vamos a permitir una nueva guerra fría en nuestra región. No queremos una guerra sectaria. Queremos que todos los pueblos de la región se unan, sin importar la religión o la secta a la que pertenecen, para crear un nuevo Oriente Próximo”.

Por si no hubiera quedado suficientemente claro, añadió: “Algunos actores de la región pueden tratar de explotar y profundizar las tensiones sectarias para lograr sus propios fines y prefieren la polarización de los musulmanes en la zona”.

Ante el bloqueo del Consejo de Seguridad, cada vez parece más evidente que el destino de Siria depende del gran juego que las potencias regionales están librando para ganar peso en el nuevo escenario que emerge tras la “primavera árabe”. Arabia Saudí pretende debilitar a su principal rival regional: Irán y, de paso, a Hezbolá; para ello está armando a los rebeldes y facilitando la entrada progresiva de militantes salafistas que aspiran a establecer un Estado islámico. No es ningún secreto que Arabia Saudí pretende exportar su modelo ultraortodoxo wahabí al resto del mundo árabe y que ha puesto sus petrodólares al servicio de esta causa. Lo verdaderamente novedoso es que los saudíes están aprovechando la actual coyuntura, teóricamente adversa a sus intereses, para recuperar el terreno perdido en las dos últimas décadas y tratar de condicionar la labor de los gobiernos islamistas recién electos en Egipto y Túnez. Su propósito no sería otro que frenar las reformas democratizadoras y obligarles a adoptar un programa conservador.

**Ante el bloqueo del  
Consejo de Seguridad,  
cada vez parece más  
evidente que el destino  
de Siria depende de las  
potencias regionales**



De otra parte, nos encontramos con Irán, que intenta preservar a toda costa el arco chií que va este país hasta Líbano pasando por Irak y Siria e, incluso, extenderlo a otros países del golfo Pérsico con población chií mayoritaria como Bahrein. Para ello, Teherán necesita imperiosamente mantener con vida a El Assad, un aliado que sirve de barrera de contención frente a Israel. Al igual que Arabia Saudí, Irán está alarmado por los cambios registrados en los últimos dos años por la “primavera árabe”. Sus únicos peones en la región –Siria y Hezbolá– se encuentran cada vez más debilitados, lo que podría tener implicaciones a escala doméstica. Las sanciones internacionales para que ponga fin a su programa nuclear están teniendo efectos devastadores sobre la economía iraní y podrían motivar un nuevo estallido popular similar al registrado en 2009, tras la fraudulenta victoria electoral de Mahmud Ahmadineyad. De ahí que el programa nuclear sea visto por el régimen como una tabla de salvación, ya que podría ser empleado como arma disuasoria contra sus enemigos tradicionales: EE UU, Israel y Arabia Saudí.

El principal peligro de la regionalización de la crisis siria es que degenera en una guerra abierta en la que los actores regionales libren sus propias guerras a través de actores interpuestos. Consciente de esta posibilidad, Turquía ha apostado decididamente por el poder de persuasión (*soft power*). Aunque Erdoğan haya advertido “a quienes tratan de probar la capacidad de disuasión de Turquía, les digo que están cometiendo un error fatal”, nada apunta a que vaya a recurrir al poder coercitivo (*hard power*) para enfrentarse a El Assad. Más bien al contrario, seguirá jugando la carta de la OTAN en el caso de que la seguridad nacional turca se vea amenazada.